

## LOS AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA CELEBRAN LA FESTIVIDAD DE SAN FERNANDO

El día 30 de mayo nos reunimos los amigos de la Ciudad Católica para conmemorar la festividad de su patrón San Fernando. Como siempre, hubo misa y cena. En aquella, el padre Aragonés nos brindó una espléndida homilía llena de espiritualidad, en la que señaló cómo San Fernando había sabido ver que España tenía que ir siempre unida a la religión católica.

Al finalizar la cena —tal vez la más concurrida de las celebradas hasta ahora—, los asistentes tuvimos el placer de oír las palabras alentadoras y doctrinales que nos dirigieron José Miguel Gamba, Ignacio Gutiérrez Laso y Eugenio Vegas.

Habló en primer lugar José Miguel Gamba, que centró sus palabras sobre el escepticismo dominante, no sólo en los ambientes universitarios, sino en casi todo el mundo de hoy. Mientras que en pasados años era posible y previsible una reacción fuerte y sana de la sociedad ante la propagación de las doctrinas erróneas y contrarias a Dios y a la religión y al orden social que en El se fundamenta, hoy, en cambio, dijo, esta reacción no es posible porque el escepticismo es lo que se nos muestra en casi todos los hombres. Es el eterno ¿por qué no? del «juglar de las ideas» en el mundo actual, como tan magníficamente lo ha expuesto Rafael Gamba en su valioso libro *El Silencio de Dios*.

Es por eso por lo que ante ese escepticismo reinante y progresivo, dijo, es necesario conservar y difundir a nivel personal la auténtica doctrina católica, para que en tiempos futuros sea posible y realizable el auténtico reinado social de Jesucristo.

A continuación, Ignacio Gutiérrez Laso destacó que en el mundo de hoy, profundamente materialista, es necesario hacer hincapié en la necesidad, no sólo por las circunstancias actuales, sino por ser inherente al hombre, de una profunda religiosidad y espiritualidad. La mayoría de las argumentaciones en contra de los sistemas materialistas, socialistas y comunistas, señaló, se basan tan sólo en sus fracasos materiales, en sus fallos económicos; son, pues, argumentos materialistas para combatir el materialismo, lo que, evidentemente, no es posible. Tales argumentaciones, continuó, no constituyen una adecuada defensa ante el materialismo que amenaza ahogarnos, porque poco a poco el hombre acaba por valorar sólo lo material, prescindiendo de lo que le caracteriza como hombre, que es, precisamente, lo espiritual; y, por otra parte, no constituye el modo eficaz de defender y restablecer la civilización cristiana, que ha de fundamentarse en el orden establecido por Dios.

Por último, señaló la necesidad de articular en acciones comunes, no independientes y aisladas, los diversos grupos que realmente pró-

fesan la doctrina católica y se esfuerzan, contra corriente, en difundirlas en el mundo que nos rodea.

Finalmente, Eugenio Vegas cerró el turno de los oradores, deleitándonos con unas amenas y simpáticas palabras rebosantes de doctrina. Se refirió, en primer lugar, al profesor García Morente, el cual había destacado cómo San Fernando, nuestro patrono y cuya festividad nos reunía, había sabido comprender que España no podía ser sin la religión católica. Nos leyó unos elocuentes y hermosos párrafos en torno a la figura de San Fernando y España, de gran importancia, si se tiene en cuenta la posición ideológica anterior de quien los había escrito.

Nos recordó las siempre emocionantes e impresionantes palabras de Menéndez Pelayo en el epílogo de la *Historia de los Heterodoxos*:

«¡Dichosa edad aquella, de prestigios y maravillas, edad de juventud y de robusta vida! España era o se creía el pueblo de Dios, y cada español, cual otro Josué, sentía en sí fe y aliento bastante para derrocar los muros al son de las trompetas o para atajar al sol en su carrera. Nada parecía ni resultaba imposible; la fe de aquellos hombres, que parecían guarnecidos de triple lámina de bronce, era la fe que mueve de su lugar las montañas. Por eso, en los arcanos de Dios, les estaba guardado el hacer sonar la palabra de Cristo en las más bárbaras gentilidades; el hundir en el golfo de Corinto las soberbias naves del tirano de Grecia, y salvar, por ministerio del joven de Austria, la Europa occidental del segundo y postrer amago del islamismo; el romper las huestes luteranas en las marismas bálticas con la espada en la boca y el agua a la cinta, y el entregar a la Iglesia romana cien pueblos por cada uno que le arrebatara la herejía.

España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio ...; ésa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra ...»

Finalmente, concluyó con otras palabras de Ramiro de Maeztu, que expresaban cómo en la misma esencia de España está la religión católica, coincidiendo plenamente con las que antes había leído de García Morente, y que había profesado y defendido hasta morir asesinado por ellas, convirtiéndose en mártir de la Cruzada, porque, dijo, la última guerra fue realmente Cruzada, aunque en tiempos posteriores se hubieran olvidado o adulterado los ideales que la hicieron posible.

Concluyó, así, entre salvas de aplausos —al igual que con cada orador— otro año más de la Ciudad Católica y del trabajo por ésta desarrollado a través de la revista VERBO. Se echaron en falta múltiples amigos de fuera de Madrid —de los que solamente alguno asistió—, pero aun cuando separados por la distancia —ante la dificultad de trasladarse a Madrid en día laborable— estamos convencidos de que del mismo modo que nosotros los recordábamos y nos sentíamos espiritualmente unidos con ellos, ellos tendrían los mismos sentimientos.